

Congreso Tomístico Internacional

Del 7 al 12 de setiembre de 1970 se ha celebrado en Roma el VII Congreso Tomístico Internacional, promovido por la Pontificia Academia Romana de Sto. Tomás de Aquino.

Como en Congresos anteriores, estaba muy bien escogido el tema, no sólo por su interés perenne y actual, sino también porque se enfocó con tal amplitud, que podía interesar a un amplio sector de estudiosos; aunque, naturalmente, esta misma amplitud disminuía algo la penetración que hay con un reducido número de especializados en un punto particular.

El tema del Congreso era «El hombre», tratado desde tres puntos de vista muy amplios: A) El origen del hombre, su puesto en el universo visible y en la escala de los seres, su destino; sistemas contemporáneos; B) Antropología racional: unidad del hombre, interacción alma-cuerpo, alma separada; C) Psicología profunda y de lo inconscio, psicología social y de grupo.

La lista de los participantes activos, inscritos antes de empezar el Congreso, constaba de 92 nombres; añadiendo a ella los nombres de los que se inscribieron después de empezado, y de los otros asistentes, fácilmente se llegaría a superar los doscientos.

Había sesiones plenarias y sesiones agrupadas en cuatro secciones sobre temas particulares.

En la Sesión inaugural del día 7 por la tarde, leído el telegrama de bienvenida y de augurio de Pablo VI, tomó la palabra el Cardenal Browne, Presidente de la Academia, que expuso brevemente la historia de ella que data de León XIII (15 de octubre de 1872), sus vicisitudes y su cometido actual. El P. Charles Boyer, leyó la lista de personalidades y entidades que se adherían al Congreso. A continuación tomó la palabra el Cardenal Daniélou, que habló sobre el tema: *Y a-t-il une nature humaine?*, tema que el Cardenal desarrolló cotejando la noción de naturaleza con las de cultura, sociedad e historia y hasta las derivaciones del estructuralismo, que no anulan con sus variaciones derivadas, el sentido radical de la noción de naturaleza.

Desde el día siguiente, 8 por la mañana, siguió ya el Congreso su ritmo ordinario con la lectura de las llamadas «relaciones» y «comunicaciones», que se publicarán en las Actas.

Hubo aportaciones que se prestaron a ciertas discusiones, como la de C. Fabro, que especialmente estudiaba la posición de Karl Rahner (sobre todo en su *Geist in Welt*) y criticó con decisión sus concepciones. Véanse como ejemplo los dos párrafos siguientes: «Transtornada la relación entre ser y lenguaje: filosofía y teología se presentan como la analítica del hombre en dos planos, uno sobre el plano del revelarse de la naturaleza o bien de la experiencia de la revelación en el mundo, el otro sobre el plano de la experiencia de la revelación de lo Sagrado. Es verdad, y ha de quedar constancia de ello, que Rahner no lleva sus premisas heideggerianas hasta las últimas consecuencias de destrucción del dogma, pero esto no quita que tales premisas y la versión que Rahner ha dado de ellas, el antropocentrismo de mundo y hombre, no mantengan toda su fuerza destructora y constituyan uno de los focos que más preocupan en medio de la inquietud religiosa contemporánea». Fabro ve en esa «antropología trascendental» algo muy alejado de la metafísica que enlaza con la revelación, y tiene la sinceridad de decir lo que piensa, como se ve todavía más en el último párrafo de su comunicación que es el siguiente: «En este estoicismo estructural del *Geist* humano, toda verdad filosófica y teológica se reduce a la respuesta que el hombre, partiendo de su situación histórica individual, da de cuando en cuando respectivamente al mundo que se presenta en la experiencia y a la Palabra divina que es ofrecida en la revelación histórica. De ahí la alarma, nada injustificada, respecto de tal existencialismo teológico, como se decía al principio, el cual pone en peligro toda consistencia doctrinal de la revelación cristiana y constituye la crisis más grave de la cristiandad después de la Reforma, más grave que el mismo modernismo».

Otra aportación que me llamó la atención fue la del Profesor de la Universidad de París, Claudio Tresmontant, que colocando al hombre en el universo, examinaba el «punto de vista científico e implicaciones filosóficas». Expuso el cambio radical de punto de vista que ha tomado la física desde Einstein, con un universo evolutivo, inestático; con el descubrimiento de la radiactividad; a ello añadió la mención de los hallazgos fundamentales de la genética respecto de la evolución y al fin desembocó en Teilhard de Chardin.

En medio de esta exhibición de datos científicos llamaba la atención que lo daba todo como igualmente cierto; pero todos sabemos cuántas veces ha sucedido en la historia de la ciencia, que afirmaciones que los científicos presentaban como conclusiones ciertas, muchas veces el tiempo posterior las ha matizado mucho, dándoles un sentido bien diverso. Más todavía ha sucedido cuando de estos datos o afirmaciones de los científicos han querido sacar conclusiones filosóficas. Por esto esa relación del profesor parisino, daba un poco la impresión del «terrorismo científico», que no es muy seguro. No se puede dar como aserto científicamente «demostrado» que la evolución sea «total», si no es echando mano de una «adivi-

nación» que no sabemos en qué dato científico se basa para saltar hiatos, llenar lagunas, suprimir los datos incoherentes. Tampoco vemos por qué se ha de tomar la mayor «complejidad» o integración como motor de la evolución (y como factor «psíquico») cuando encontramos por ejemplos los escorpiones que datan del silúrico y no parecen haber evolucionado, o el celecanto del carbonífero que era supuesto como fósil de más de trescientos millones de años, ha aparecido viviendo en los mares actuales; y los lagartos del triásico como los cocodrilos del cretáceo. Saltarse como si no fuera nada la explosión de los «phyla» para asentar como dato cierto, la evolución total (hasta ceñida a lo biológico) es algo muy discutible, y más si se pasa de ahí a la afirmación de que todo organismo es un psiquismo.

Es inexacto imaginar que la metafísica supone que la creación forma un todo «acabado», de modo que cualquier evolución vendría «de fuera». Con elementos de tal modo dotados que dadas las circunstancias ambientales e históricas debidas eduzcan de su potencialidad nuevas «actuaciones», no es opuesto a la metafísica; pero no requiere el principio «conocedor» en *el mismo organismo que evoluciona*, ni cae en la contradicción de una evolución por puro azar, pues son infinitamente más los casos favorables que los desfavorables.

En definitiva, que esta relación nos dejó con alguna perplejidad, por lo que toca al aspecto filosófico a que apuntaba.

También me llamó la atención la relación de S. Vanni Rovighi, de la universidad de Milán, que estudió ante todo históricamente la doctrina de Sto. Tomás sobre la unidad de forma, pero no olvidó sus implicaciones filosóficas hoy día, con la persuasión de que «no hay comportamiento sin un sujeto que se porte de tal modo, pero este sujeto es todo el hombre, y que el hombre sea más que un cuerpo, es decir, que el alma, el principio de sus actividades sea una *forma subsistens* es atestiguado todavía por su comportamiento. Y no sólo por ciertas actividades más o menos excepcionales como el arte o la filosofía, sino precisamente por las actividades cotidianas. No hay técnica humana sin conceptos universales, hasta ni hay percepción de objetos que no implique algo más que un simple registro sensible: la pura sensibilidad, en la vida humana, es una abstracción».

Como ante mis ojos descollaron estas comunicaciones y relaciones que he mencionado, podría ciertamente señalar otras de rico contenido, que se ofrecía a un largo debate y a nuevas investigaciones. He aducido estos tres casos más representativos, como muestra de la riqueza de las aportaciones de este Congreso Tomístico, que se podrá estudiar más cuando aparezcan los tomos de sus Actas. Al empezar el Congreso estaba publicado sólo un volumen, con once trabajos (los de J. Coppens, M. F. Sciacca, R. Spiazzi, J. de Finance, S. V. Rovighi, H. Gastager, O. N. Derisi, C. Fabro, C. Giacon, A. Muñoz-

Alonso y J. Roig Gironella); pero los trabajos leídos durante él, fueron mucho más numerosos, como se verá en los volúmenes de las Actas del Congreso.

Una idea me parece que se destacaba del Congreso, y es que no es acertado imaginar que «todo está hecho», tanto al dar por terminada la interpretación de la doctrina de Santo Tomás, como al juzgar las implicaciones de que ella es capaz en nuestros días; y que ante el progreso de las ciencias que responden a tantos «¿por qué?», también se siente la necesidad de buscar un «porqué» de estos «porqué», cosa muy distinta de lo que sería una filosofía de laboratorio, al estilo de Espinosa o hasta de Hegel; filosofía que tenga en cuenta los datos de las ciencias de hoy, pero que no imagine que ha de buscar su explicación «ex nihilo», como si nada absolutamente hubiese en Sto. Tomás que pudiese plantearse en un debate explicativo. El meollo central y fundamental de su pensamiento tiene hoy día pleno vigor, si no cometemos el yerro de tomar como central una explicación accidental o al revés.

La alocución de Pablo VI a los congresistas ya venía a señalar algo de esto que ahora he mencionado, aunque, claro está, de otra manera.

También el Cardenal Daniélou (en un artículo sobre este Congreso, publicado en «Le Monde» del 24 de setiembre) opinaba así: «Lo que se desprendía del conjunto de las comunicaciones y de las discusiones, es ante todo el sentimiento de una afinidad entre la filosofía aristotélico-tomista y el progreso científico actual. Esta filosofía, a causa de su realismo y de su interés por el universo, está abierta a las aportaciones de la ciencia; y por lo demás puede aportar a las ciencias el acabamiento filosófico que les falta. Filósofos de tipo idealista o existencialista están mucho menos pertrechados para esta tarea».

La interesante relación inicial del Profesor belga Joseph Coppens, que mostraba tan acertadamente, como especialista bíblico, lo que nos da la revelación sobre antropología a modo de base de la especulación cristiana, era una llamada a llevar a término el trabajo de síntesis entre la filosofía y la revelación de la Palabra de Dios, que completa y perfecciona por otro conducto, lo que ya por el conducto de la creación y naturaleza en parte se nos había dado.

R.